

DOS ENSAYOS SOBRE CINE LATINOAMERICANO

Fedosy Santaella

Universidad Católica Andrés Bello

Caracas, Venezuela

fedosy@gmail.com

.....

UN CUENTO CHINO, O EL OTRO Y EL ABSURDO

Título original: Un cuento chino

Otros títulos: Chinese Take-Out / Um

Conto Chinês (Brasil)

Año: 2011

Género: Comedia / Drama

Duración: 93 minutos

Idioma(s): Español, mandarín

País: Argentina

Dirección: Sebastián Borensztein

Guión: Sebastián Borensztein

Reparto: Ricardo Darín, Muriel Santa Ana,

Ignacio Huang

Compañía(s) Productora(s): Aliwood

Mediterráneo Producciones, Castafiore

Films, Gloriamundi Films

Productor(es): Daniela Alvarado, Mariela

Besuievsky, Pablo Bossi, Juan Pablo

Buscarini, Isabel García Peralta, Gerardo

Herrero, Axel Kuschevatzky, Marcelo La

Torre, Carlos Mentasti, Ben Odell

100

En el texto de *Mitologías* (2009) que Roland Barthes tituló "Marciano", y que le dedica, precisamente, a los marcianos, el autor nos dice que uno de los rasgos constantes de la mitología pequeñoburguesa es "esa impotencia para imaginar al otro" (Barthes 2009, 39). No hay nada más difícil que aceptar al otro; es antipático para el sentido común, nos dice Barthes. El sentido común es eso, algo que me iguala a todos los que me rodean. El otro no encaja allí en ese mundo de espejos, de copias en serie; el otro no tiene 'sentido' en estas circunstancias y, por lo tanto, puede ser peligroso dentro de mi vida pequeñoburguesa, donde todo es rasero.

En el film *Un cuento chino* (2011) del realizador argentino Sebastián Borensztein, nuestro personaje protagonista es un pequeño burgués que vive separado del mundo. De alguna manera es el otro al que tanto se le teme, pero minimizado, oculto, disfrazado de ferretero. Vive la cotidianidad, sí, vive el mundo que a todos

rodea, sí, pero algo lo separa. Algo que se refleja en su malhumor, aunque, debemos decir, ese malhumor está dentro de los límites; en su malhumor 'aceptable' no hay peligro para él ni para nadie. Pero sin duda existe algo más en Roberto. Eso lo intuimos como espectadores, y es por eso que, cuando el otro aparece, ese chinito extraviado que no habla ni un poco español, Roberto, interpretado con magnífico minimalismo por Ricardo Darín, actúa con una doble articulación. La primera, la del rechazo: éste es el otro que no entiendo, que me hastía, que porta el virus de unos problemas que no me atañen, el otro que debería estar lejos de mí. Luego, la de la aceptación: a pesar de todo, Roberto no termina de abandonarlo. Y quizás no lo hace no solamente porque como todo ser humano tiene su flanco de bondad, sino porque aquel otro no es totalmente otro. Aquel muchacho chino tiene algo de Roberto, algo que se parece a él, un secreto triste, una pared invisible que, como a él, lo separa del mundo. Así, en *Un cuento chino*, esa doble relación del otro y el mismo se va traduciendo en las situaciones inteligentes de una comedia fresca, humana, conmovedora, que nos habla del desamparo en un mundo cuyo absurdo nos iguala. Al final, el otro no existe, porque todos padecemos el mismo lugar, el mismo mundo, y estamos a la merced, sin excepción, de cualquier y repentina vuelta de tuerca de la maquinaria invisible. El absurdo existencial (la guerra o una vaca que cae del cielo) de esta maquinaria

puede ser, sin embargo, transformado en la comprensión del otro. Porque entender la desgracia del otro, la vida del otro, es comprender la vida que te ha tocado, es ser un poco más libre. Quien ha escuchado al otro (escuchado de verdad, sin importar que el otro hable chino), quien ha leído en el absurdo y se ha mirado a sí mismo, sin las limitaciones que el medio impone, es un poco más libre, un poco más humano. Esa es quizás la situación de Roberto, esa es quizás la respuesta en su vida para un chino que, no sé si metafóricamente, le cayó del cielo.

.....

EL GATO DESAPARECE, O LA INSONDABLE HUMANIDAD

Título original: El gato desaparece

Otros títulos: The Cat Vanishes

Año: 2011

Género: Drama / Suspense

Duración: 90 minutos

Idioma(s): Español

País: Argentina

Dirección: Carlos Sorin

Guión: Carlos Sorin

Reparto: Luis Luque, Beatriz Spelzini,
María Abadi

Compañía(s) Productora(s): Guacamole
Films, Patagonik Film Group

Productor(es): Patricia Bustamante, Alejandro
Cacetta, Juan Pablo Galli, Juan Vera

La locura y la enfermedad tienen extendida relación histórica. Michel Foucault, en *Historia de la locura en la época clásica*, relaciona los leprosos con la enfermedad mental. Allí, donde alguna vez estuvieron los leprosos y los sífilíticos, allí también fueron a parar los criminales, los locos y los vagabundos. Es decir, el loco no solamente está enfermo, no solamente es un leproso metafórico, también es un criminal. Ambos están en la periferia social, ambos han sido apartados y son abominables.

De allí que en *El gato desaparece* (2011), film del argentino Carlos Sorín, el personaje Luis (interpretado por Luis Luque) se nos presenta como alguien a quien hay que temerle.

La historia comienza cuando Luis es dado de alta en el psiquiátrico. Él es profesor universitario y fue internado porque en algún momento tuvo una crisis de nervios y actuó violentamente en contra de otro. Al sanatorio lo ha ido a buscar su esposa Beatriz (Beatriz Spelzini). En ella se debate la alegría de recuperar a su esposo y el miedo de llevar a casa a un desconocido. Porque eso, al fin y al cabo, es ahora Luis: un desconocido. ¿Dónde se ocultaba la locura de su marido, ese hombre que ha estado a su lado durante veinticinco años, ese hombre que ella creía tan cercano? Sorín lo sabe: nunca llegamos a conocer a nadie totalmente. Lo sabe y lo utiliza a su favor para realizar este thriller minimalista y dirigido con excelente pulso. El esposo, de pronto marcado por la locura, se convierte

en un posible criminal, pero también en un enfermo. Y esta última acotación no está de más: como loco está enfermo, sí, pero hay un elemento de la enfermedad que Sorín aprovecha para su historia: hay enfermedades contagiosas (recordemos su relación con la lepra y la sífilis), y la locura de Luis parece ser una de ellas, pues pronto vemos que Beatriz también comienza a enfermarse... de locura.

Se desata entonces una dinámica de contagios, sospechas, temores, desconocimientos del otro, en esta historia que es un drama de pareja que podríamos llamar infernal, y que de infiernos y demonios también se nutre a través del gato, signo que entronca paradigmáticamente con lo oscuro y lo misterioso, y que en ocasiones se le relaciona también con lo diabólico. Pero recordemos que en las significaciones del gato hay también un aspecto extrasensorial. El signo gato ya separado de lo diabólico, hace referencia a un animal de sentidos agudos, que ve y siente más allá que los humanos. El gato puede percibir la presencia del mal, se eriza, bufar cuando lo siente. De allí que en el film el gato de la casa, mascota de Luis, termine atacando a su amo el día de su vuelta del psiquiátrico. ¿En el amo hay un componente del mal tan marcado que el gato puede percibirlo? ¿Algo ajeno ocupa el alma de Luis?

Entre la locura y la posesión existe una relación estrecha. El poseso es un loco, el loco es un poseso. La posesión profética de la sibila, su éxtasis alucinado,

su cuerpo contorsionado son gestualidades que luego serán adjudicadas al demonio. Dionisio y Apolo confluyen peligrosamente en el acto de la posesión profética. Allí no hay santo ni profeta que pueda contra esa corriente antigua que, tal como señala Nietzsche, funda la tragedia. En "La locura que viene de las ninfas" (2004), Roberto Calasso lo expresa: "Para los griegos la posesión fue ante todo una forma primaria del conocimiento, nacida mucho antes que los filósofos que la nombran" (Calasso 2004, 29). ¿Pero de dónde viene ese conocimiento? Pues de nuestra vida mental, nos explica Calasso, de nuestra vida mental habitada por potencias que dominan y escapan a todo control, "pero que pueden tener nombres, formas y perfiles" (Calasso 2004, 30). El cristianismo, que no aceptaba los plurales ni los sustantivos ajenos, le puso nombre a esas potencias. ¿Cabe duda? "El demonio", ése era el nombre.

Jacques Le Goff, en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (1986) señala tal acometida cuando habla de los sistemas de gestos occidentales. Quien se sobresalta, quien ríe, quien canta, quien es exagerado en su hablar, puede que tenga cierta relación con el demonio, o incluso, que esté poseído. Con el cristianismo la mente deja de ser un lugar abierto a las invasiones, a las incursiones súbitas o provocadas de los dioses. Sólo Dios debe existir en el alma y la mente del hombre. De allí que la posesión sea cosa mala, y de allí que la locura también

hubiera sido vista como una forma de posesión. El gesto exagerado e incontrolado del loco, esa sinrazón que domina al hombre como si fuera un ser distinto a él se relacionó sin duda con la posesión. Todavía hoy, limitándonos al cine, vemos cómo, por ejemplo, el film *El exorcismo de Emily Rose* (2005) de Scott Derrickson, se mueve entre esas dos aguas de la locura y la posesión. El sacerdote Richard Moore (Tom Wilkinson) es acusado de homicidio por causarle la muerte a la joven Emily Rose (Jennifer Carpenter), una devota católica que empezó a tener visiones aterradoras y a hablar en lenguas. Emily fue sometida a tratamiento psiquiátrico, pero Moore lo suspendió con el fin de hacerle exorcismo, y ella murió luego de tales sesiones, se dice que de hambre y por falta de las medicinas. ¿Padecía Emily un desequilibrio mental o estaba poseída? Es interesante señalar que el film está basado en hechos reales, y que Derrickson no se queda solamente en el asunto terrorífico, sino que intenta trabajar una buena historia judicial, donde se ponen en juego precisamente estas dos vertientes de una misma gestualidad: la posesión y la locura.

Nos preguntamos entonces qué ha visto el gato en Luis que lo hace actuar de esa manera. ¿Al demonio, a un ser del mal o a un loco peligroso? No sabemos. Desconocemos también el destino del gato en determinado momento. Los referentes a Edgar Allan Poe están allí obligatoriamente. ¿Acaso estamos ante la historia del

gato negro de Poe? ¿Acaso el gato, más que desaparecido, está muerto?

Carlos Sorin es un director que sabe manejar las imágenes y la multiplicidad de los significados de los símbolos. Eso hace con el gato, y eso hace también con el conflicto de la pareja en la historia. El director tiene un largo camino de filmes dramáticos donde ha trabajado el alma humana. Luego de joyas íntimas y conmovedoras como *Historias mínimas* (2002) o *La ventana* (2008), Sorin da

un giro en su cinematografía para contarnos esta historia de suspenso que no se queda en los sustos mecánicos y trillados, sino que, ya con su experiencia en el drama, se centra principalmente en la relación matrimonial: nunca llegaremos a conocernos unos a otros completamente, y eso, visto bajo una luz de tintes delirantes, resulta aterrador: somos los extraños y somos los locos, los criminales, los enfermos, los demonios de nuestra propia insondable humanidad.

Referencias bibliográficas

Barthes, Roland. 2009. *Mitologías*. España: Siglo XXI Editores.

Calasso, Roberto. 2004. *La locura que viene de las ningas y otros ensayos*. México: Sexto piso editorial.

Foucault, Michel. 1994. *Historia de la locura en la época clásica*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.

Le Goff, Jacques. 1986. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa.